

## Frutos de la *lectio divina*: la llamada al destierro del corazón

El Abad Eulogio de Enaton decía: había un hermano que habitaba en Las Celdas y que, después de haber pasado veinte años dándose a la lectura noche y día, se levanto un buen día y vendió todos los libros que poseía. Y tomando su gorro, partió hacia el desierto interior. El abad Isaac lo encontró y le dijo: «¿Dónde vas, hijo?». El hermano le respondió: «Hace veinte años, padre, que yo sólo escucho las palabras de las Escrituras, y al fin quiero poner en obra lo que he escuchado en las Escrituras». Y el anciano, habiendo orado por él, lo dejó partir<sup>2</sup>.

Este anciano había entendido lo que pasaba en el corazón del hermano y, como maestro prudente, lo dejó partir. Pero, ¿qué creía que era para aquel hermano la «obra» que quería poner en práctica, y que había escuchado en la Escrituras? Practicar una vida según el Evangelio, una vida de ascesis y de oración, de estudio y de caridad, ¿no era lo que había hecho durante aquellos veinte años? Entonces, ¿qué quería emprender? ¿A qué nueva actividad se tenía que dar? Por mi parte, no puedo entender esta palabra como si se tratara para él de redoblar el rigor de su monacato. No; no se trataba de añadir un hacer a otro hacer, o de cambiar una ascesis por la otra. Se trataba más bien de acceder a un «dejar hacer a Dios», como obra suprema, despojarse en una obediencia total, que permite llegar a la pura e imprevisible voluntad de Dios. La «obra» que todavía está

---

<sup>1</sup> El P. Evangelista VILANOVA es monje de Montserrat y profesor de la Facultad de teología de Cataluña. Es autor de la edición crítica de la *Regula Pauli et Stephani* (1959). Con el interés de ofrecer una rigurosa divulgación teológica ha publicado, además de otras obras, la *Historia de la teología cristiana* (1992), en 3 tomos. Es miembro del consejo de redacción de las revistas *Concilium* y *Phase*. Actualmente trabaja en la comisión sobre el Concilio Vaticano II.

<sup>2</sup> *Les Sentences des Pères du désert. Nouveau recueil*, Abbaye de Solesmes, 1970, p. 98.

por realizar, aunque haya leído y releído, escrutado y estudiado en las Escrituras durante veinte años, es la obra que Jesús propuso al joven rico del Evangelio: *Vende todo lo que tienes, ven y sígueme*. Durante veinte años aquel monje había creído sinceramente que ya había puesto en práctica aquella palabra. Descubre súbitamente que no era nadie, que se le proponía una obra más indefinida, más decisiva, más vertiginosa. Era preciso todavía «vender», sí, su monacato (¡nos atrevemos a decirlo así!) o la idea que se había formado, «vender» sus lecturas a la vez que sus libros, vender su saber acumulado, y volver al desierto interior donde buscar, escuchar y practicar la misma palabra que va a resonar de otro modo, abriéndole a una obra de libertad y a otras exigencias.

Cómo se enderezan en testimonios fuertes, claros, impresionantes, estos monjes que súbitamente descubren, después de haber leído y celebrado y repetido y enseñado el Evangelio, que todavía les falta por descubrir «todo» este Evangelio: va a ser el fruto del paso del desierto geográfico al desierto del corazón.

Este desierto íntimo se refiere a la desposesión, a la progresiva desinstalación, al no privilegio, al desierto de la interioridad. O bien, si esta formulación pareciera exclusivamente monástica, podemos decir -en categorías actuales- que es preciso ir al pueblo, al pueblo sencillo, al pobre y al oprimido, a las clases crucificadas en un movimiento no de beneficencia sino de solidaridad con ellas, con sus luchas y aspiraciones, con su inmenso dolor, en un movimiento de compartir un amor desinteresado y generoso.

Gracias a la presencia de este amor, el único necesario, el desierto se libera de su aridez, se salva de su esterilidad. Y se hace tierra fecunda. se transforma en el jardín del Edén.

El desierto puede florecer, en lo más íntimo del corazón.

El silencio puede convertirse en mensaje.

La soledad en comunión.

Lo que deja en suspenso a la vida, este fermento, esta luz en forma de pregunta, es el Señor mismo, el Único necesario, que fija su rostro en aquel que lo ha intuido en la perseverante y penetrante *lectio divina*.

Monestir  
E-08199 Montserrat (Barcelona)  
España